

MISCELANEA

MISCELANEA DE NOTICIAS SOBRE EL P. BARTOLOME DE SANTA TERESA

Los datos más salientes de la vida del autor de **Plauto Bascongado** quedaron recogidos ya en el artículo que le dedicamos en las páginas del **Boletín**, cuadernos 3.º y 4.º de 1968.

Alguno de ellos, el de la fecha de su muerte, eran conjeturales y pedían ulterior investigación. La brevedad de otros admitía ampliación. Este es el motivo que nos induce a dar esta información complementaria que llene lagunas y complete la información anterior.

NACIMIENTO

Empezaremos por los datos sobre su nacimiento. Los saqué hace ya algunos años del Archivo Parroquial de San Andrés de Echevarría y fueron dados a conocer por el P. Onaindía en una conferencia dada en San Sebastián, que fue publicada en la revista **Eusko-Gogoa**, de Guatemala, y pasaron a la **Historia de la Literatura Vasca** del Padre Villasante. Pero juzgo que para más de uno será de algún interés tener la partida entera de su bautismo. Por ella se verán mejor los entronques familiares del escritor carmelita y tal vez podrán rastrearse algunas influencias en peculiar vascuence.

He aquí la copia del acta: «El veinte y uno de Diciembre de mil setecientos sesenta y ocho, Yo, D. Josef de Arrizabalaga, Cura de esta Iglesia Parroquial de San Andrés de Echevarría, bauticé en ésta a un niño, que le puse por nombre Bartolomé (que nació a las diez de la mañana del mismo día), hijo legítimo de Cosme de Madariaga y María Inés de Gárate su legítima mujer, naturales él de Marquina y ella de Elgoibar, y a la sazón vecinos y parroquianos de la villa de Marquina. Abuelos paternos Bautista de Madariaga y Ursola de Bildasolo, su mujer, naturales de Eibar y parroquianos de Marquina. Maternos Santiago de Gárate y María Cruz de Arrieta, su mujer, naturales uno y otro de Elgoibar, parroquianos de Marquina Echevarría, que es ésta expresada. Fueron padrinos Bartolomé de Gárate y Marina de Laca, a quienes se advirtió el parentesco espiritual y demás obligaciones. De cuya fe firmo el expresado día, mes y año. Don José de Arrizabalaga (Libro de Bautizados n. 6 f. 31 v.).

Conste para satisfacción de algún paisano del Padre Carmelita que me decía que la denominación Marquina-Echevarría no existía y protestaba

de que hiciera al P. Bartolomé natural precisamente de Marquina-Echevarría, en vez de decir que lo era de Echevarría. El nombre de Markin-Etxebarri para designar a este pueblo lo encontramos asimismo en el **Cancionero Vasco** de Azkue, con una letra del padre del mismo Azkue, Eusebio María. Observaremos además por la partida que el lugar del nacimiento parece haber sido el domicilio de los abuelos maternos, aunque sus padres eran vecinos de la villa de Marquina. Son eibarreses sus abuelos paternos y conviven de seguro con el hijo y el nieto. ¿Habrà ejercido este hecho alguna influencia en el euskera característico del futuro escritor vasco? Recordemos que el P. Bartolomé es el escritor más constante en el uso de las formas verbales del **Zu** en plural, formas que perviven hasta el día de hoy en el habla de la villa armera.

EL PREDICADOR

Ya dijimos en el artículo citado que el Padre fue superior de los conventos de Marquina y del Desierto de San José de la Isla, en Sestao, donde treinta años antes estuviera el fabulista Samaniego, penitenciado por el Tribunal de la Inquisición de Logroño.

Fuera de estos cargos, tuvo los de predicador y de escritor en la Orden. Esto pide una explicación. La legislación del Carmen Descalzo en aquella época, aparte de los cargos jerárquicos y de administración, menciona otros de naturaleza especial: como el de presidente de conferencias o lector de casos de moral, el predicador y el escritor. Los dos primeros eran locales, cada convento tenía alguno; el de escritor era más bien un título personal.

A cargo del predicador corría el predicar y adoctrinar al pueblo en la iglesia propia y el responder a los compromisos más solemnes de fuera para el púlpito. Era en el convento, por así decirlo, algo así como un canónigo magistral. Y el candidato a este cargo tenía que haber cursado por lo menos tres años de filosofía, tres años de teología escolástica y positiva, y tres de moral y de cánones.

El Padre Bartolomé fue, a lo que sabemos, predicador cuando menos en el convento de Marquina. Tal título ostenta en la portada de sus tres primeros libros, hasta el segundo tomo de sus **lcasiqizunac**. En el tomo tercero aparece como Prior nada más. El oficio de predicador, lo mismo que el de escritor, eran incompatibles con el de superior inmediato de una casa; no podían acumularse.

Los años que duró su superiorato en el Desierto ya no sólo ha perdido el título de predicador, sino que no tiene posibilidad de ejercitar sus dotes oratorias como no sea para predicar a sus súbditos ermitaños. Y ocurre un hecho curioso que ilustra este alejamiento suyo de los púlpitos.

Fueron años difíciles para los religiosos, en general, y para la comunidad que el Padre regía, en particular. Estaba amenazada de supresión y a duras penas logró el Padre capear el temporal. Las dificultades provenían de un decreto del Gobierno Constitucional, que tenía algunos artículos que afectaban muy de cerca a la comunidad de Sestao: «No podrá haber

más que un convento de una misma Orden en cada pueblo y su término exceptuando el caso extraordinario de alguna población agrícola que haga parte del vecindario de una capital, y que a juicio del Gobierno necesite la conservación de algún convento que hubiese en el campo hasta que se erija la correspondiente Parroquia. La comunidad que no llegue a constar de 24 religiosos ordenados in sacris se reunirá con la del convento más inmediato de la misma Orden, y se trasladará a vivir a él, pero en el pueblo donde no haya más que un convento subsistirá éste si tuviese doce religiosos ordenados... El Gobierno resolverá las dudas sobre supresión o permanencia de algunos conventos, a que pudiesen dar lugar los dos artículos anteriores, consultando siempre la conveniencia del público y la de los mismos religiosos».

Otra disposición dictaba la supresión de todo convento en poblaciones inferiores a 500 vecinos. Sestao no los tenía en aquel entonces, y la comunidad del Desierto tampoco contaba con doce religiosos ordenados in sacris.

Comunidades hubo que en virtud de las disposiciones del Gobierno se suprimieron o tuvieron que fundirse. Nada diremos de los resortes que el Padre hubo de mover para que su comunidad subsistiera en una situación tan delicada. Algo de esa tensión se deja traslucir del caso que ahora vamos a referir y cuyos hilos conductores los podemos conocer por haber quedado consignados en una exposición que el Padre dirigió al Nuncio de su Santidad en Madrid.

He aquí el cuerpo de dicha exposición:

«El caso es, Excmo. Señor, que nosotros, a resultas de un pleito de oposición, que pusieron algunos Cabildos Eclesiásticos, Comunidades Regulares, y toda la Provincia de la Cantabria de la Orden de San Francisco, a la fundación de este convento, no podemos salir afuera a ejercer funciones curales, beneficenciales y de predicación, bajo excomunión mayor dada en la sentencia del dicho pleito, que se vio en la Sagrada Congregación de los Regulares, y en su comisión por el Nuncio Apostólico de las Españas que por el tiempo era.

«En esta consideración, una de las autoridades de este distrito me insinuó el día pasado que me encargaría un sermón para predicar a la tropa o a la milicia, y es un sujeto que está mediando para la permanencia de este convento. Esta comunidad siempre se ha resistido a las salidas por hallar todo su bien en el claustro, a pesar de que muchos cabildos eclesiásticos han solicitado que quieren que salgamos por haber variado las causas. El exponente también quisiera evitar este paso; pero si el Juez de primera instancia de este distrito, que es el sujeto, le encarga, se verá con mil dudas sobre el partido que deberá tomar.

«La censura de ahora cien años está dada, por una parte, en juicio contradictorio a favor de los contrarios litigantes, para que no les quite el pan con nuestras salidas. Por otra parte, en las presente circunstancias, los Cabildos Eclesiásticos están los más de otro semblante; las

comunidades litigantes de esta Provincia, menos una, todas suprimidas; y, acaso, si llega el lance, interesaría a la conservación de esta Comunidad el que predicara el sermón que se le ha insinuado...»

Podemos creer que el Padre es sincero al decir que prefería no aceptar el compromiso del sermón que se ofrecía. Como orador, sin duda, no le disgustaba el púlpito. Pero en esta ocasión habla como superior de una casa, cuya vida es de absoluto retiro. La ley de aquella casa no permitía salir de allí a ejercer apostolado alguno, aunque sí podían los religiosos encerrarse en ella para prepararse a alguna campaña apostólica.

Pareciéndoles, sin duda, insuficiente y poco convincente esta garantía legal a los cabildos eclesiásticos y comunidades religiosas, consiguieron estos penas canónicas severas contra su infracción. Pero al decir, del Padre, los cabildos habían cambiado de ánimo y de postura, y era ellos mismos los que ahora urgían a los religiosos a salir con fines apostólicos. En cuanto a los religiosos opositores de antaño, casi todas sus comunidades han desaparecido en virtud del decreto del Gobierno.

La opinión general juzga que, ante el cambio de las circunstancias, las penas canónicas que teme el Padre, no tienen aplicación. No fueron de la misma opinión en la Nunciatura, y devolvieron el escrito con una respuesta al margen en latín, que viene a decir: «En esta Nunciatura no hay facultades para revocar una sentencia de la Sda. Congregación de Obispos y Regulares, dada en juicio contradictorio con pena de censura en caso de transgresión».

Ante esta contestación creemos que el sermón no se predicó. Pero, en caso de haberlo predicado, también podemos asegurar que el Padre Bartolomé no habría hablado para halagar a las milicias ni para largar ningún arenga militar, aprovechando la circunstancia de la guerra civil en curso. No podía simpatizar con los de la situación entonces triunfante. Pero tampoco dejó de aconsejar, cuando pudo, a miembros de la resistencia y de las guerrillas espíritu de moderación y de paz.

El Padre era así de rectilíneo. No otra había sido su línea de conducta durante la invasión francesa y a raíz de ella, a pesar de la persecución de que entonces fue objeto como sospechoso de alentador de la resistencia. Cuando, una vez expulsados los franceses, la situación se restablece, pudo haber pasado alguna factura a alguien, pero no lo hace. En su sermón en la primera fiesta del Carmen en Marquina después de la liberación, no hay ninguna alusión a lo pasado. No es amigo de explotar las situaciones en provecho propio. En escrito dirigido al general Castaños califica de «horrorosa catástrofe», de «tiranía opresora», de «cruel dominio» la situación padecida bajo los franceses, pero añade que los religiosos «resignados bendecían la mano del Altísimo que justamente los visitaba, esperando de su infinita bondad la redención del país..., dirigiendo continuamente sus preces a este justo y deseado objeto».

Esta actitud humilde y resignada debía de ser la suya durante su superiorato de Sestao. Michelena ha calificado su oratoria de tonante y

fulgurante a veces. Pero está visto que no gusta al menos de ciertos registros tonantes, a los que nos han podido acostumbrar tiempos más recientes.

BARTOLOME ESCRITOR

Nos referimos, no a su actividad de tal, sino al título de escritor que en la Orden obtuvo, título que acompañado de patente otorgaba el Definitorio General y daba ciertos derechos e imponía ciertas obligaciones. Es otro secreto de la legislación carmelitana de la época.

Diversos decretos fueron fijando sus condiciones y obligaciones. Era oficio incompatible con el de prelado o superior de una casa. El poseedor del título tenía que presentar todos los años al Definitorio General cuanto durante el año había escrito, para que en vista de trabajo realizado el Definitorio acordara si convenía o no prorrogar la patente. En vida del Padre Bartolomé, el año 1799, se acordó que en adelante no se concederían patentes de escritores a los que lo solicitasen sólo para escribir pláticas o sermones. Y los que la hubieren obtenido deberían presentar a cada Definitorio los trabajos hechos desde el anterior, y de no renovárseles, debían considerar la patente caducada.

Así estaban las cosas cuando el Padre Bartolomé debió de solicitarla por vez primera. Era el año 1815. La segunda vez sería el año 1831. Son datos que debemos a la diligencia y amabilidad del P. Higinio de Gandarias, el cual los ha sacado de las actas manuscritas de los Definitorios de la Provincia de San Joaquín de Navarra, que hoy se hallan en Burgos en el llamado Archivo Silveriano, ms. 194, f. 525 v. Ambos datos constan en la misma acta, que dice así:

«Inmediatamente se leyó otro (memorial) del P. Bartolomé de Santa Teresa, que pide pase a N. Venerable Definitorio General, en el que pide patente de escritor, o se le renueve la que obtuvo en el 1815, despachado en nuestro convento de Nules. Este Ve. Definitorio decretó por votos secretos pase a N. Ve. Definitorio General con la advertencia de que, si en el próximo Capítulo Provincial fuese elegido Prior, podría suspendersele, si a sus Reverencias les pareciese justo».

Tenemos, pues, que en 1815 solicitó y obtuvo por primera vez la patente deseada. Fue entonces el período de máxima actividad de escritor en su vida y en que cuajó lo mejor de su obra vasca.

Pero, ¿qué otra obra tendría en proyecto cuando en 1831 solicita la renovación de la patente? Mucho nos gustaría poderlo saber. Pero es un secreto que nos será muy difícil desvelarlo ya.

LA FECHA DE SU MUERTE

En el artículo a que se ha aludido al principio nos inclinábamos a retrasar la muerte del Padre Bartolomé a una fecha posterior al 1835. Nuestras conjeturas en este punto se ven confirmadas a la luz de otros datos procedentes de Burgos.

Una vez más, debo al Padre Gandarias, diligente investigador de archi-

vos carmelitanos, el nuevo dato que corrobora mis sospechas de entonces. Lo ha descubierto en otro registro de defunciones de religiosos carmelitas, existente en el Archivo Silveriano ms. 195. En él puede leerse que el Padre Bartolomé de Santa Teresa falleció en Lazcano en Enero de 1836. No se anota el día. Y se confirman los otros datos del manuscrito de Lazcano: natural de Marquina-Echevarría y profeso (no profesor, como por errata se dice en el artículo anterior), de Corella. Esto último quiere decir que hizo su noviciado religioso y profesión en Corella, y no en Lazcano, como se había afirmado. Afirmación que del P. Onaindía, había pasado al P. Villasante, pero que no era sino una suposición gratuita fundándose en que el Noviciado para los aspirantes de las zonas de Guipúzcoa y Vizcaya era normalmente el de Lazcano; pero, como se ve, la norma tenía sus excepciones.

EL CHOQUE CON IZTUETA

Entre Iztueta y los padres carmelitas de Lazcano hubieron de mediar excelentes relaciones. Y no podía ser de otra manera, si es verdad, como parece, que el hijo de Zaldibia recibió cierta formación entre los frailes de Lazcano, al igual que otro escritor vasco contemporáneo, Lardizábal.

Creo que está demostrado que en el origen del embrollo entre Iztueta y Bartolomé jugó gran papel un malentendido del primero. Iztueta interpretó mal unas palabras del Padre en su **Plauto Bascongado**. No vio que aquellas palabras apuntaban a Lécluse. Tomarlas como un ataque al libro sobre las danzas vascas de Iztueta y hasta a las danzas vascas en general era sacar las cosas de quicio. Muchos han debido de entender así la postura del carmelita sin haberle leído. Tal hubo de ser el caso de Santiago de Unceta, uno de los censores de la obra del maestro de danzaris de Zaldibia. D. José de Garmendia acaba de publicar en su **Iztueta inédito**, publicado por la Gran Enciclopedia Vasca una carta suya a Iztueta, tratando de consolar a su patrocinado rebajando los conocimientos del P. Bartolomé en cuestión de vascuence y prometiendo incluso intervenir directamente ante el Padre, a su paso por Vergara, para sacarle de sus errores.

¿Tuvo lugar esta entrevista? ¿Se acabaron así los equívocos? Es posible.

Es cierto que la fama del P. Bartolomé está en este punto bajo el handicap que supone para él su obra anterior sobre los bailes y diversiones del País Vasco. Pero la misma postura del padre en esta órbita no es tan radicalmente negativa frente a los bailes, como alguno puede suponerse. Su mismo título es significativo a mi entender: **Euscal-Errijetaco Olgueeta ta Dantzeen neurriczo gatz-ozpinduba**. Quiere ser una como «combinación justa de sal y vinagre», dar «la medida justa de los bailes honestos, la sal de los que se pueden tener y el vinagre de los que no se permiten»: «**olgueeta santubén neurria, euqui legizaneen gatza ta ezin legizaneen ozpina**». Eso es lo que dice en el prólogo; eso quiere decir su «**neurriczo gatz-ozpinduba**».

Si, llevado del vuelo oratorio, llega luego a cargar las tintas en determinado sentido, son en parte gajes del oficio. Turistas hubo que alguna vez

pintaron el espectáculo de nuestras plazas y de nuestros bailes con trazos irónicos mucho más crueles que los tonos más fuertes de nuestros predicadores. No conviene olvidarlo a la hora de enjuiciar la real situación de nuestras plazas públicas y comprender las diversas reacciones ante ella. Y aun algunas páginas de Iztueta sobre nuestros bailes pueden ayudar a comprender al autor de **Olgueeta**.

NO VA LA SANGRE AL RIO

En la otra obra ya mencionada **Iztueta Inédito** (p. 204), encuentro unas noticias que considero interesantes y que a mi me resultan simpáticas. Es una carta de Moguel a Iztueta, en contestación a otra de éste, carta que revela entre ambos relaciones mutuas de hondo aprecio, unidos ambos en un amor común a la lengua materna y en la misma apasionada dedicación a su cultivo. Recuérdese que Moguel es uno de los causantes del choque entre el Padre carmelita y el maestro de danzas. El es el que ha dado a la imprenta las cartas confidenciales del Padre, en las que vierte éste los conceptos que hieren al danzari. Y es por eso, el destinatario de la carta que Iztueta firma en réplica amarga contra uno y otro. Pero se ve que ya el año 1843, que es fecha de la carta, de las antiguas que-rellas no ha quedado nada.

Y yo tengo la convicción de que bastante antes habrían tenido ocasión de explicarse y entenderse el maestro danzari de Zaldibia y el fraile que murió siendo Maestro de Novicios en Lazcano. ¿Tal vez a raíz de la intervención que prometió Santiago de Unceta?

Y aun hay otro dato en la carta: Moguel conoció por primera vez a Iztueta asistiendo a un partido de pelota en Lazcano. No pudo ser sino alguna de las festividades que frailes y pueblo celebraban unidos (la festividad del Carmen o de Santa Teresa) la ocasión que hizo concurrir a ambos en aquel pueblo, junto a la tumba del carmelita pasado ya a mejor vida. Allí sellaban su amistad los dos supervivientes, en el recuerdo del difunto amigo.

LINO DE AQUESOLO

EL PALACETE DE LA MONCLOA

Por ser obra poco difundida y por darse a conocer en ella algo relacionado con los Narros de Zarauz, consideramos de interés publicar en este BOLETIN un pequeño resumen de lo que el Sr. Ezquerra del Bayo relató en su elegante volumen «El Palacete de la Moncloa». Por él sabemos que fue edificada esa casa de campo a principios del siglo XVII por la Condesa de Valencia, cuya hija casó con el Marqués de la Monclova, cuyo nombre deformado por el vulgo dio origen al Moncloa actual. En 1660 pasó a ser propiedad de D. Gaspar de Haro y Guzmán, Marqués de Eliche, sobrino del poderoso Conde Duque de Olivares y rico «**play boy**» de la Corte madrileña. Este noble caballero decoró magníficamente el Palacete e incluso hizo pintar al fresco el exterior por el italiano Miguel Angel Colonna, mandando realizar en los muros del interior copias de

Rafael y Tiziano por mano del hispano-napolitano Francisco Pérez Sierra y del italiano Dionisio Mantuano, algunas de las cuales aún se conservan. Este Marqués de Eliche estaba casado con una bellísima hija del Duque de Medinaceli, que al decir del Secretario del Mariscal de Gramont tenía **«grandes ojos cuyo blanco era tan vivo y el negro tan brillante que apenas si se le podía resistir la mirada»**, lo cual no fue óbice para que su voluble marido hiciese tan descarados alardes de sus infidelidades que el Rey acabó por desterrarle. Su hija única, D.^a Catalina de Haro, heredó la finca y como casó con el 10.^o Duque de Alba quedó incorporada esta mansión a tan gran casa. En el año 1694 D. Francisco de Agemir la compró a los Alba, para acabar cediéndola en 1705 a D. Jerónimo de Eguía y Eguía, Marqués de Narros, Presidente de la Real Cámara de Contratación de Yndias y Caballero de Santiago, que la adquirió para sí y como tutor de su hijo D. Francisco Javier de Eguía y Arteaga, abuelo y padre que fueron respectivamente de D. Joaquín María de Eguía y Aguirre, tercer Marqués de Narros e ilustre fundador de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País y su primer Secretario Perpétuo. Posteriormente los Eguía vendieron la finca a D. Francisco de Heredia y Torres, del Consejo de S. Magestad, el cual la cedió en 1739 al Marqués de Guerra, uno de cuyos sucesores la vendió en 1781 a la Duquesa de Arcos, la cual señora tuvo de su matrimonio con el Duque de Alba a la famosa D.^a María del Pilar Teresa Cayetana de Silva, 13.^a Duquesa de Alba y gran protectora del pintor Goya, la cual embelleció grandemente el edificio y los jardines, llegando a tener tal cariño a esa propiedad que, siguiendo la moda de la época, instaló en ella una mantequería, un gallinero y una huerta para poder disponer de todos sus productos al momento. A la muerte sin hijos de la Duquesa adquirió el Palacete el Rey Carlos IV, quedando desde entonces incorporado a los bienes de la Corona. Detalle curioso es el saber que en esa residencia vivió trece días el Mariscal Murat, responsable directo de los fusilamientos de los días 2 y 3 de Mayo, que fueron magistralmente inmortalizados por Goya. Por cierto que en la contabilidad que se conserva de los trabajos realizados con motivo de la estancia de Murat en la Moncloa, se anotó el abono de **«ciento veinte reales con que se gratificó al piquete de tropa francesa»** que ayudó a dar sepultura a los 43 patriotas que por ellos habían sido fusilados.

G. M. Z.

NOTA SOBRE EL PADRE UNZUETA

En la nota marginal al epígrafe biográfico del Padre Unzueta (Volumen I de **Literatura** de la Enciclopedia General del País Vasco; San Sebastián: Auñamendi, 1969, pág. 639), se formula una interrogante sobre este autor euskérico, franciscano exclaustro del siglo pasado.

Creo que, efectivamente, se impone una revisión de la bibliografía que se ha originado sobre Fray Juan de Unzueta de Abadiano, a cuya contribución no soy ajeno.

Villasante le llama Fray Juan **Antonio** (p. 280) y P. Juan **Domingo** (p. 208), en su **Historia de la Literatura Vasca**; Juan **Domingo** de Unzueta O. F. M., en el Índice Onomástico. En mi libro **Cien Autores Vascos** figura con el nombre de Fray Juan. Vinson (Tomo II, p. 660): Fray Juan Antonio de Anzueta (sic).

Pudiera pensarse de si se trata de nombres de pila y de religión de un mismo sujeto, pero hay otros aspectos no aclarados que justifican la interrogante enunciada: Larrínaga da como fecha del fallecimiento el año 1861 y Villasante el de 1879. La partida publicada en el B. A. P., XXI (1965) p. 105 es de 1851, y de 1794 la correspondiente al nacimiento.

Verdaderamente cabe preguntarse si no se manejan datos de dos personajes distintos del mismo apellido, como ya me lo sugirió verbalmente el Padre Akésolo a raíz de la publicación de dichas partidas en este BOLETIN.

H. V. B.

*EDICIONES DE JUAN BAUTISTA DE AGUIRRE,
PADRE CARDAVERAZ Y BARTOLOME
DE OLAECHEA, OMITIDAS EN EL
CATALOGO DE OBRAS EUSKARAS
DE SORARRAIN, Y OTRAS ANOTACIONES*

No dispongo a mano el ensayo bibliográfico de Vinson (1891), pero al mismo siguió el **Catálogo de obras Euskaras** de Genaro de Sorarrain, con fecha de 1891 en la portada, pero que no vio la luz hasta 1898, según consta en la dedicatoria del autor y pie de imprenta. Y, sabedores de que se sirvió principalmente de Vinson, suponemos incluidas todas las obras registradas por éste, salvo errores de transcripción, claro está.

La dificultad de poder consultar la obra de Vinson, por residir alejado de las importantes bibliotecas, me obliga a tomar por base la de Sorarrain. Y me referiré concretamente a tres obras conocidas cuyas ediciones no se registran en su totalidad.

El libro **Confesioco eta comunioco sacramentuen gañean eracusaldia** de J. B. de Aguirre párroco de Asteasu, según Sorarrain, tuvo tres ediciones, la primera y segunda en Lama de Tolosa, en 1803 y 1823, y la tercera de 1868 por Mendizábal de Tolosa, como se indica en la página 191 del aludido **Catálogo**.

Tengo en mi poder una edición hecha por Francisco Muguerza en 1899, que por la fecha no pudo ser incluida en el **Catálogo** de Sorarrain, pero, sin embargo, tiene una nota adicional en su portada, que dice: **TOLOSAN / Iruñeco gure Apaiznagusaiaren eta emengo / Corregidorearen baimenarequin / D. Francisco Lamaren moldizteguián / 1803 eta 1834-ean / eta / Francisco Muguerzaren moldizteguián / 1899-ean.**

Por lo que deducimos, con la salvedad de posible error por parte del impresor o del propio Sorarrain, que hubo una edición en 1834, debida a Lama de Tolosa. Por otra parte se omite en la portada la de 1868 en casa de Mendizábal de Tolosa. Pero nos resistimos a considerar un error porque además de año de impresión varía el impresor y porque en esta de 1899 omite a su vez la segunda edición de Lama, de 1823. Será más seguro que el impresor únicamente pretendía dar referencia de ediciones anteriores en apoyo del interés de la obra y quizá también a efectos de legalidad de la misma.

Esta edición de 1899 es de tamaño 14 × 9,5, de 343 páginas.

El libro **Escu liburua** del Padre Cardaveraz tuvo numerosas ediciones por Mendizábal de Tolosa desde 1826. En 1883 se editó su texto compendiado y en caracteres grandes; obra puesta en versión vizcaína en 1889. (Poseo una edición de 1899 de esta versión vizcaína). Que por su fecha, pleno período del inicio del desarrollo de la literatura en la variedad dialectal vizcaíno, merece especial consideración en la historia de la literatura en vascuence.

La edición príncipe, reza: **Aita Agustín Cardaveraz Jesuitaren obretatic aterra**. Es decir, compuesta de las obras del P. Cardaveraz, ya que está fechada a los 55 años después del fallecimiento del autor. De dicha obra poseo una edición hecha por Mendizabal de Tolosa en 1857, que no figura en el **Catálogo** de Sorarrain. Tiene 296 páginas en 12 × 8, similar a las ediciones de los años inmediatos. Su título: **ESCU LIBURUA / ceñean dauden / cristauaren eguneroco ejercicioac, / mandamentu santuetatic esañia / eguiteco, confesatzeco eta co- / mulgatzeco prestaerac, on- / dorengo oracioquin. / MEZA SANTUA, / calvarioa / eta beste devocioac. / Jesusen Compañiaco Aita Agustín Cardaverasec / animen oneraco ipiñia. / TOLOSAN: Mendizabalen alargunaren moldizteguian. / 1857.**

Cristinauben dotrinia de Bartolomé de Olaechea, si damos fe al **Catálogo** de Sorarrain, vio la luz en 1763 y no en 1775 como aseguran Villasante en **Historia de la Literatura Vasca**, páginas 119/120, y Echenagusia en **Euskal idazleen lorategia**, página 65. Además, fue capellán de Laucáriz y párroco del Santo Hospital de Bilbao, y no a la inversa como dice el primero.

Genaro de Sorarrain registra hasta nueve ediciones entre 1763 y 1871. Pero en la portada de esta de 1871 dice ser la undécima edición. Poseo un ejemplar no registrado en el **Catálogo** referido, editado por la Librería García de Bilbao en 1872, en cuya cubierta dice ser la duodécima edición: **Orain amabigarrenez / reimprimidu da / biar dan leguez / BILBON / Garciaen librerijan, Cinturerija Callian**. Y, al dorso en la cubierta, parte baja: **J. F. Mayor-en Imprentan.—1872**. Consta de 329 páginas y mide 13,5 × 9.

J. S. M.

RAFAEL GASTELUA ORTUZAR (1887-1962)
Explorador, colonizador, sociólogo, educador, santo

Sólo la fabulosa humildad del guerniqués franciscano y la lejanía de civilización en que realizó su fabulosa obra han impedido que su nombre figure entre los héroes de nuestra más genuina galería de vascos con proyección excepcional.

Realizador de un camino que asciende hasta los cinco mil metros de nivel del mar y en su trazado se abaja rápidamente hasta los 500 metros. Explorador de una selva virgen, en la que no son menos mortíferos los microscópicos mosquitos que las envenenadas flechas de los indios campos. Colonizador moderno, que crea escuelas y asilos en el seno de la selva. Sociólogo, que aborta una secular trata de blancas, solo con el prestigio de su personalidad. Educador que durante medio siglo verifica su impresionante labor de contacto con los indios, casi sin salir de sus aldeuelas. Padre de tribus hasta entonces de espaldas al consorcio humano, y que logró civilizar, pacificar, humanizar en el más amplio sentido de la expresión. Hombre de sólida santidad, ajeno a la espectacularidad, temeroso del aplauso.

La ficha biográfica del Rdo. P. Rafael Gastelua Ortúzar puede ceñirse a los datos siguientes: nace en Guernica (Vizcaya), el 1 de marzo de 1887, y es bautizado con el nombre de Angel, que cambiará en su profesión religiosa. Verifica su noviciado en la Orden Franciscana en Lima, los años 1903 a 1904. Ordenado sacerdote el 17 de marzo de 1912. Gran parte de su formación religiosa y misionera se la debe al Venerable Padre Pío Sarobe, franciscano natural de Astigarraga, cuya Causa de Beatificación está en marcha. Durante 47 años, ejerce de Misionero en Satipo, fungiendo también de Pro-Vicario Apostólico de la Misión. Fallece el 31 de enero de 1962 en Lima (Perú).

REALIZADOR DE CAMINOS

Su Vicario Apostólico, Excmo. P. Buenaventura Uriarte, natural de Ceánuri, ha podido afirmar, quizás sin exageración: «Misionero gigante: no conocemos Misionero que se le pueda comparar ni entre los propios ni entre los extraños, ni en los tiempos presentes ni pasados. Creemos, sin ofender a nadie, que es difícil, para nosotros imposible, hallar quien lo haya aventajado en el tiempo que ha trabajado entre infieles, casi medio siglo, o sea 47 años y 8 meses ininterrumpidamente, y por la labor misionera y evangelizadora llevada a cabo».

La aventura quimérica del Padre Francisco Irazola (véase «Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País», 1950, 171-185) de enlazar Ocopa con un puerto de montaña, a través de una selva intransitable, halló en el joven Padre Gastelua su igualmente entusiasta continuador.

El camino, alevín de la actual carretera, posee una longitud de 250 kilómetros. Pero hay que imaginarlo, con un desnivel entre los cinco mil metros de altura de los Andes con nieves perpetuas y los quinientos metros

de altitud en Puerto Ocopa. Montañas escabrosas, de pelambre intransitable, con rápidos y agudos contrastes, con precipicios y lechos de improvisados ríos, terraplenes arriesgados, tierras movidas. Sin topógrafos ni delineantes, confiado siempre en su práctica y en el buen sentido. Sin excavadoras, a solas con el machete, el rastrillo y la azada. Sin peones adecuados, con improvisados trabajadores, no siempre a gusto. Sin el conveniente botiquín para curarse de las heridas de trabajo, o de las picaduras de los zancudos o del mordisco de las fiebres palúdicas. Y sin pensiones donde sacudir el hambre o descansar adecuadamente.

Como si lo descrito fuera humo de pajas, añade un cronista testigo: «Agréguese a esto el cálido, húmedo y enervante calor; las fiebres y llagas originadas por el andar diario por entre ciénagas infectadas, la mordedura de vampiros, el comezón desesperante que produce la japa (mosquito microscópico), la picazón de los tábanos, mosquitos zancudos y manta blanca; el hurgar punzante de la mirunda y de la garrapata, además de las caricias de las avispas y de las diferentes clases de hormigas, y se tendrá idea aproximada aunque vaga de los sacrificios que cuesta al misionero la apertura del camino Pampa Hermosa-Puerto Ocopa».

Gastelua era un auténtico castillo, como lo afirma su apellido. Contra ese carácter recio, terco en el bien, superador de todo obstáculo, lucharon la naturaleza, los indios y algunas otras personas interesadas en el fracaso de su obra. Pero Gastelua poseía el temple envidiable de los santos, para quienes la civilización y la cultura entran dentro de los planes de Dios. Y, una vez convencido de que la obra era imprescindible para que sus indios alcanzasen un nivel íntegramente humano, el bosque se convirtió en un brazo que alcanzaba la civilización desde la choza del indígena.

La experiencia gustó al improvisado ingeniero de caminos. Quería dominar la selva, hacer posible el ingreso de los misioneros en sus recónditos senos. Y, aun cuando el sueño quimérico comprendía la salida a Puerto Ocopa, una vez realizada esta pista, la continuó 74 kilómetros más al interior en el Gran Pajonal, fundando Oventeni, un centro cuyo radio de acción podría extenderse a centenares de kilómetros en una labor de íntegra formación humana. Estas feraces tierras poseían ya el incentivo de la comunicación, que cercenaba terrores de ataques de los indios, y permitía el intercambio y la salida de los abundantes frutos de tierras paradisíacas, aunque hasta esa hora, improductiva. Y aun confió en el porvenir que él no pudiera contemplar, y abrió un brazo a la civilización desde Puerto Ocopa hasta Atalaya, en una longitud de 137 kilómetros.

Había realizado obra de descubridor, de pionero y de gobernador. Tierras desconocidas y abandonadas se convirtieron en seductoras sirenas. No tardarían en coronarse como ubérrimas madres.

COLONIZADOR

Con la apertura de caminos a la comunicación. Gastelua comprendió su gran responsabilidad. Paralelamente, se necesitaban nuevos caminos al espíritu. La comunicación al exterior posibilitaba a las numerosas tribus indias

de la comarca a estimar la cultura, a planificar la salubridad colectiva, a defender su existencia.

Fue realista. Fundar escuelas era difícil y quizás poco menos que inútil. Las tareas de todo género que anidaban en los indios ajenos a todo contacto con la civilización; su entrega a la pereza, al alcoholismo, a la sensualidad; su disposición a desposeerse de sus propios niños, recomendaron al P. Gastelua una institución al abrigo de pésimas influencias y surgió en plena selva un internado, con 70 alumnos, a los que se impartía una formación literaria, religiosa, profesional y agrícola. Hasta lograron formar una Banda de Música, suma realización para un pueblo ayuno de exigencias artísticas.

Parecía un imposible. Pero lo logró: constituir una Comunidad de religiosas en plena selva, con la delicada labor de influir en la mujer, de prepararla para su función de esposa y de madre educadora, dejando de ser un instrumento de la rapacidad masculina y un objeto sin funciones imaginativas. Además, se requería higiene, armonía de labores domésticas, iniciación en una dietética adecuada. Y sobre todo, defensa contra las numerosas enfermedades de la selva.

Elegió para su tarea a las Franciscanas Misioneras de María. En 1919 las transportó a través de la vía por él rematada; por el Tambo al Ucayali, ocho días de cabalgadura, y una buena escolta de arrieros. La novela de aventuras se enlazaba con la historia humilde de la expedición.

Desde Puerto Ocopa, el P. Gastelua animó y ayudó para una similar fundación a los Hermanos Rojas y Durand. Y en Gran Pajonal se erigieron, muy pronto, los dos internados de niños y niñas (estas a cargo de las Franciscanas Misioneras de Montpellier) que transformaron toda la región: de puramente salvajes se mudaron en personas de cultura y de religión.

Los mismos indios campas, incapaces de una formación humanística, resultaban los más entusiastas defensores de la educación de los hijos, una vez que comprendieron la utilidad de la enseñanza.

Mas para entonces hubo que roturar un gran sendero entre dificultades de todo género.

SOCIOLOGO

Un sociólogo no se forma mediante los libros. Ha de poseer la natural perspicacia que le permita intuir las necesidades de la sociedad en que vive, perfilar soluciones, inventar los más adecuados medios a su alcance, buscar las personas más propias para su realización. Y amar apasionadamente a los que han de constituirse en sujetos de su socialización.

El P. Gastelua vivió casi 48 años en plena selva. Salió de ella en contadas ocasiones. Y sólo por imposición de sus Superiores no exhaló allá su último suspiro. Eran sus hermanos, niños aunque adultos, gregarios y sin jefe, cegados por sus tradiciones hasta el punto de no soñar ni apetecer nada que las superase. Sin un hombre que se inmolara por ellos, seguirían siglos enteros en el mismo estado cavernario. El P. Gastelua había sido

enviado entre ellos como Padre y tutor; sólo la fuerza de un mandato, podría alejarle de sus familiares, a los que amaba con la misma pasión que un padre a su único hijo.

Solo así se comprende que, entre otras muchas plausibles realizaciones, no pudiera consentir la trágica compraventa de niños que se verificaba en la desembocadura del Pangoa. La esclavitud voluntaria, para enriquecimiento de la miseria, era tradicional. Tenía hondísimas raíces. Era necesario convencer a los padres de su crimen; era necesario imponer toda su autoridad moral para evitarlo; era necesario crear escuelas y profesiones que señalasen un futuro envidiable. Lo hizo. Su ejemplo iría cundiendo en el interior de la selva. Una lacra social desaparecía a la fuerza de las reivindicaciones humanas que pugnaban en el espíritu del P. Gastelua.

EDUCADOR

Los campos consideraban la guerra o el ataque a traición como un medio de defenderse, de mejorar, de enriquecerse, de vengar. Sabía Gastelua que poco antes habían atacado a misioneros y a seglares hasta producirles la muerte. Y que su actitud era siempre la de la prevención cuando no de una abierta oposición. Aun en plena realización de su ruta Andamarca-Pangoa, la más lógica, el P. Gastelua se vio obligado a mudar de plan y a diseñar la de Andamarca-Satipo, porque los campos habían atacado a varios pioneros de esta ruta.

Gastelua se dirigió a los curacas, los jefes. El prestigio que contaba en sus alrededores, la serenidad de su carácter, la demostrada bondad de sus propósitos; todo ello adobado con las manos espléndidas en los regalos, le situaron en el corazón de las tribus. Era un amigo para ellos, que llegaba en son de paz. Más tarde, todos los indios le llamarían **pátiri** (Padre).

El campa es altivo y orgulloso; resuelve sus diferencias que tocan el amor propio con la flecha o la macana. No admite correcciones, meaos humillaciones.

Gastelua los transformó. Empezó por hacerles comprender que los blancos eran hombre de sus mismos sentimientos, que anhelaban paz y comunicación con ellos. Pasó a interesarles por su propia promoción y a verificar esfuerzos por conseguirla. Les enseñó a estimar los tesoros naturales que poseían abundantemente, y a preocuparse del porvenir. Les introdujo en el mundo de una religión inspirada, con la que orientar sus propias actividades. Les inyectó el aprecio de los valores supremos de la familia, de la sociedad, del trabajo, del ahorro.

Era un ídolo para sus indios. Ellos le buscaban para todo, desde el arreglo de una diferencia familiar hasta el consuelo de una pérdida irreparable. Lo demostraron en ocasión del terremoto de 1937. Espantada la multitud, se concentró en torno al P. Gastelua, quien, tomando en su mano un gran crucifijo, invitó a sus compañeros a arrodillarse y a pedir a Dios perdón de sus faltas. Temblaba la tierra y temblaban los espíritus, pero la actitud serena de Gastelua logró que el espanto no se desbordara en forma

de suicidios o de atentados. Hasta un recalcitrante marxista hincó sus rodillas entre espantado y admirado. Gastelua no cejó hasta conseguir del Gobierno pronto y adecuado remedio, aunque para ello tuvieron que improvisar un aeropuerto elemental.

Si los campas no hubieran escuchado de labios del mismo P. Gastelua que existía un Dios y que era él un mero representante de su doctrina, probablemente hubiera logrado que los indios le tuvieran por un ser supremo.

SANTO

El Excmo P. Uriarte, que le conoció tan íntimamente, pincela del P. Gastelua un retrato de canonizable.

Hasta que las religiosas llegaron a la selva, Gastelua vivía como un indio más, en impresionante pobreza, sin lo necesario para una vida decente. Era un testimonio de desprendimiento, de mimetización por amor al Reino de Dios.

Su fortaleza espiritual rayaba en lo fabuloso. Miles de kilómetros por bosques y montañas, expuesto siempre al hambre y a la sed, a las fieras y a los mosquitos. Nunca abandonó proyecto alguno por temor o por fatiga. Nunca temió enfrentarse con los volubles campas cuando se trataba de exigirles justicia. Nunca desesperó de sus gestiones, aun cuando se le cerrasen muchas puertas. Nunca desmayó en su propósito de santidad, en medio de los más grandes peligros de espíritu.

Supo frenar su carácter enérgico, pasional, dominante, hasta convertirlo en flexible. Es un elogio inesperado el que le dedica Mons. Uriarte, inesperado para un espíritu sanguíneo, fácil a la rebelación y a la división: «no hubo en su vida choques ni rozamientos ni con propios ni con extraños, llevándose bien con todos. Fue durante más tres trienios Comisario o Superior Regular de las Misiones, y nunca tuvo dificultades con ninguno de sus súbditos, sino que vivió en paz y caridad fraterna con todos».

El P. Rafael Gastelua poseía la savia del árbol sagrado de Guernica. Dominó a los indios campas, dominó a tantos explotadores. Y, lo que es más, dominó su propia naturaleza fuerte.

FR. PEDRO DE ANASAGASTI

JOSE LEON BELOQUI, PEDAGOGO JESUITA EN VENEZUELA

Una y otra vez examino su fotografía: serio hasta la gravedad, fijos los ojos en la lejanía como en un ideal difícilmente alcanzable, abierta suavemente la boca en plan de ordenar. Calva la frente y cuidadosamente peinados sus retrasados cabellos grises, nariz vasca y pronunciada sobre un rostro estrecho y enjuto, amplias orejas, ojos pequeños, cejas desprendidas sobre los ojos. Perfil ovalado. Todo un tipo de asceta, como la tradición ha presentado a San Ignacio de Loyola. Retrato similar el del P. José León Beloqui.

El aldeanito del caserío Perra-buru de Vidania, tras 62 años de vida religiosa en la Compañía de Jesús (1906-1968), fallece en 1968 en Caracas, en el noviciado jesuítico de Los Teques. Es todo un medio siglo dedicado afanosamente a la educación, en la que une las virtudes humanas con la ilusión de las metas espirituales. Enseña y practica, de tal modo que sus discípulos hayan de ver en él al profesor y al testimonio del Evangelio.

Enseñaba latín, pero testimoniaba la santidad. Uno de sus discípulos —Enrique Díaz Ruiz— nos deja este bello testimonio en un diario caraqueño: «Fue, por encima de todo, educador. Y no a humo de pajas digno educador. Es verdad que enseñaba con singular maestría la gramática latina. Pero por encima de declinaciones, conjugaciones, verbos deponentes y oraciones con quominus o quin, existía en él, el educador de la voluntad; el guía seguro para que nos enfrentáremos al propio yo y adquiriéramos, por diario ejercicio, disciplina férrea del carácter. En una de mis crisis juveniles me habló con su peculiar calma y delicadeza, y me abrió para siempre el camino de fe y razón que encierra San Ignacio de Loyola en sus célebres «tanto cuanto», medidas de oro para la vida toda».

De salud siempre mediana. Hasta lo enviaron al Chapinero bucólico colombiano para su curación. Y se curó con la medicina de la mortificación y de su dura disciplina. No se alteraba con sus alumnos: imponía sanciones —nunca dejaba sin castigo una falta— con la misma serenidad con que señalaba premios. Conservaba mucho de su primitivo aldeanismo en aquellas botas gigantes de las que no se desprendía fácilmente durante todo el año.

Su labor fue casi oculta. Bien es verdad que ocupó cargos de Prefecto de Disciplina y Profesor durante largos años en el Seminario Interdiocesano de Caracas, y que fue Rector en el Seminario diocesano de Coro. Mas su esfuerzo se concentra en la tarea monótona, fatigosa, interminable, de la preparación de las clases, de la corrección de los cuadernos escolares, en la corrección individual de los alumnos, en la desagradable vigilancia de jóvenes dispuestos a divertirse en las horas más serias. Es por esta heroica labor soterrada por lo que hemos traído a estas líneas al P. Beloqui, y recordar que hay cientos de vascos en todos los rincones del mundo, formando parte de diversas Ordenes religiosas, dedicados a la más noble tarea posible: la de formar hombres y hombres cristianos, en una mezcla de pedagogía humana y divina.

Uno de los mejores concededores del P. Beloqui, discípulo suyo, el Monseñor Juan F. Hernández, le dedica un emotivo recuerdo en «El Nacional». Junto a la figura que homenajea, recuerda a otros educadores vascos en Caracas, actuales: Miguel Arteaga, Pablo Ladrón de Guevara, Feliciano Gastaminza, Ibareuren, Evaristo Ipiñázar, Murgoitio, hermano José Larrarte, etc., todos pertenecientes a la Compañía de Jesús, y que él trató cuando era discípulo del Seminario jesuítico durante trece años. A todos dedica un encendido elogio:

«Aquellos jesuitas, que tanto influyeron decisivamente en quienes fui-

E B

N. La
 Concha y Fuma
 de mi Losorzo
 de Baluyán

Lanzaon purpur,
 Juanes

24

Senador

mos sus alumnos, van desapareciendo. El Padre Beloqui perteneció a una luminosa generación de jesuitas, que tan honda huella dejaron en nosotros: jesuitas pobres, castos y obedientes, ignacianos hasta los tuétanos, férreamente disciplinados, insospechadamente ortodoxos, de probada lealtad y profundo amor a la Iglesia, al Papa y a la Jerarquía —no importaban los nombres de los jefes— sabios y estudiosos, científicos, sociólogos pero no sólo en clase sino en los barrios caraqueños o en la Península de Paraganá, luchando con la miseria y el pecado y contra las injusticias, pero sin esas demagogías de salón que se están estilando ahora entre señoritos góticos».

Es el más noble producto que el País Vasco exporta: sus misioneros. Ellos constituirán nuestro más admirable y plausible tesoro en la historia de nuestro gran Pueblo Vasco, porque no fueron a buscar nada sino a dar todo.

Toda esta benéfica faena la realizó el Padre José León Beloqui «muy adulto en virtudes» y que —según Monseñor Hernández— «tenía un alma niña con reacciones de niño no exentas de encantadoras ingenuidades».

P. A.

ORREAGAKO GERO-ALEA

Auxularren «**Gero**» bi egozan lenago Orreagan. 1643'garren urteko argitaraldikoak biak.

Donostiako Urkixo mintegian gordetan da orain bata. Orreagan bertan bestea. Ikusi «El **Guero** de la Biblioteca de Roncesvalles», BAP Aldizkari onetan XXIII (1967) 444 orrialdian.

Axularren liburuaren ganean liburulariekandik ganera be asko idatzi da. Pare bat urte dala Eloy L. Placer-ek: «Los Cuatro Ejemplares del Gero en la Newberry de Chicago» **Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos** aldizkarian (XIX, 1968, 23-27 orr.).

Aipatu dodan Orreagako aleak, eskuz idatzitako lerro batzuk daukoz. Eskuz atera naban kalkoa auxe da:

M-B. A. G.

MAÑARITIK ASI TA TXAKURSULORAIÑO

Berbaldi egokiak aukiten doguz Ixurtzako abadea eta nere adiskide ona dan Mallona-Joseba Andonik eta biok ara joaten naizen bakoitzean.

Karlisten gerratean Mañarian gertatu ziran gudaketa bien kanturik ez dodala entzun iñun, esan neutsan bein.

Eta orduan erantzun berak: Bernagoitian abade egon zan denboran entzun eutsazala Mañeri aitatzan ebezan bertso-kanta batzuk Bernagoitikoz gizon zar bateri. Orduan entzuniko bertso danakin ez zala gogoratzen. Onixekin bakarrik:

Maiñerittik asi ta

**Txakursuloraño
Txakursuloraño
Txakursuloraño,**

Ez da besteik agiri

**Odol ille baiño
Odol ille baiño
Odol ille baiño.**

Zer-ikusirik bai-etedaue Mañariko gudaketakin? Baleiteke eukitea. Nun edo nun argitaratuta ete-dago onek kantu-zatiok darolazana?

Zer edo zer badaki batoren batek gai onen ganean? Estimauko neuke erantzunen bat, ezer badaki iñork.

M-B. A. G.

IN MEMORIAM

DON FERNANDO DEL VALLE DE LERSUNDI

Ya no aparecerá más por la Biblioteca de la Diputación de Guipúzcoa, desmelenado, el aire quijotesco, protestando con enfurruñamiento de muchas cosas:

—¡Quite usted!

Ya tampoco se dejará olvidado el sombrero, o la boina, las gafas o el bolígrafo, o las tres cosas a la vez. Había que vigilarle sus olvidos.

—Don Fernando...

—¡Quite usted! Muchas gracias. Muchas gracias. Esto me pasa siempre. Algún día me olvidaré de mi cabeza.

Y entonces una clara y bondadosa sonrisa aclaraba su facha adusta.

Ya no hablaremos más acerca de Elcano, de Urdaneta, de Areyzaga, de Irala, de Fernando de Rojas, de Cristóbal Colón... Sí, de Cristóbal Colón, acerca de cuya oriundez gascona, la penetrante intuición de don Fernando del Valle de Lersundi planteara una apremiante interrogación que sólo los pedantes perezosos desdeñan. Las indicaciones de don Fernando son importante pista.

Don Fernando era un filón. Infinidad de notas enterradas en incógnitos legajos se amontonaban en su fabulosa memoria. Al requerírsele, adoptaba un aire ensoñador, las cejas fruncidas, los labios apretados, pero después de breves instantes daría la orientación segura. Nunca se equivocaba.

—Vea usted el protocolo de Eizaguirre. Sí, el de Martín Pérez de Eizaguirre. Son tres legajos solamente. Avise a Oñate que manden el legajo 31...

Don Fernando, agráfico para lo mucho que sabía, se ha llevado consigo

en confuso maremagnum asombrosa cantidad de importantes datos de nuestra historia.

Alguna vez sintiendo algo así como el remordimiento de la pérdida de importantes secretos históricos, casi contemporáneos, vino a confiármelos, seguro de la costumbre de mi apuntación inmediata, contento de haber salvado así algún revelador detalle.

Más, mucho más que en su esporádica producción, habría necesidad de insistir en lo que ayudó a aclarar, a encaminar a los demás con generosidad conmovedora. Don Fernando daba siempre todos sus conocimientos, sin guardarse nada para sí.

«Gran señor de su linaje», lo calificó, con elegante estilo, la pluma de José María de Areilza. ¡Cómo me agradeció don Fernando, hace algunos años, algo que hasta ahora no se había hecho: la vindicación que en una serie de artículos en euskera hice de su abuelo el general Lersundi, y también de nuestros liberales fueristas del siglo pasado.

De un tiempo a esta parte no parezco sino el encargado del triste quehacer de las crónicas necrológicas de este Boletín. Bien sabe Dios con qué pena dedico estas líneas de despedida a mi gran amigo don Fernando del Valle de Lersundi.

J. A.

IN MEMORIAM ANTONIO VIGLIONE MULLER

Antonio Viglione se había incorporado con entusiasmo, en fecha todavía no demasiado lejana, a las tareas de nuestro **Boletín**. Su firma aparecía en la sección bibliográfica, al pie de certeros comentarios dedicados a obras de actualidad referentes a nuestro País. Su paso por nuestras páginas ha sido breve, pero en ellas dejó Viglione constancia de su prosa elegante, restallando insólitas imágenes.

Antonio Viglione, escritor de pura raza, trabajador infatigable, murió todavía joven, de puro agotamiento. Agotado por impotencia en desigual lucha. Es hora ya de proclamar que para escribir no se requiere sino vocación firme, papel, lápiz o pluma, talento, y, sobre todo, corazón. Viglione excedía en vocación, en talento y en corazón. Viglione era gran escritor. Su muerte es una terrible acusación.

Pocas personas conocí con más profundo conocimiento de las más modernas corrientes de la literatura universal. Viglione era pasmoso. Cuatrilingüe, hablaba y escribía con elegante precisión el español, francés (era profesor de este idioma), italiano, y también sabía alemán. Conocía también al detalle la producción literaria y artística de nuestra tierra vasca y ejerció su crítica. De su generosidad con los artistas es buena prueba la exposición en el Museo de San Telmo con que los artistas guipuzcoanos honraron la memoria de Viglione, dedicando el importe de las ventas como ayuda a su familia.

Antonio Viglione primordialmente era bueno y sensible, cuyas ilusiones, cifradas en la literatura, siempre se proyectaban hacia la ayuda desinteresada a los demás escritores. Sin embargo, la vida fue muy dura con él, y precisamente por su costado más sensibilizado: la vocación imposible. Pero ¿quién sería capaz de proclamar el fracaso de un hombre como Viglione? Una vez más pregunto: ¿quién fracasa y quién triunfa? En su oficio de funeral —un antiguo garaje de Irún, convertido en capilla de fortuna, atestado de fieles— el sacerdote, al Evangelio, con estupenda idea, leyó las Bienaventuranzas. «Bienaventurados los...»

J. A.